

comentarios, ediciones y comentarios de escolios, testimonios, ediciones de otros textos y de los que aparecen citados en *Gorgias* (pp. CXXXIII-CXLIX); (II) estudios sobre Platón, repertorios bibliográficos, estudios específicos sobre *Gorgias* y otros estudios (pp. CL-CLI); (III) bibliografía auxiliar tanto de ediciones como de obras de referencia (pp. CLX-CLXI).

Previa a la traducción, se ofrece una sinopsis del diálogo (p. CLXIII) y una completa lista de siglas (pp. CLXVII-CLXXII).

La obra termina con un detallado apartado de apéndices (pp. 267-302), en el que se muestran índices de testimonios y autores citados, así como una selección de textos mencionados en el aparato de fuentes (pp. 279-292); se recoge también la paráfrasis de Olimpiodoro (p. 293), los manuscritos no platónicos citados en el aparato crítico (p. 297) y las divergencias en la interpretación de inicio de sección en la edición de H. Stephanus del año 1578 (p. 301).

La absoluta actualización del estudio del texto platónico, que los autores se han esforzado por realizar, queda, una vez más, patente en el *addendum* de la p.303, en el que indican que han tenido acceso a la lectura de un manuscrito *Oxoniensis Canon. Gr. 4* del s. XV, mientras el libro estaba en prensa, y anuncian que en un trabajo próximo demostrarán la posición que ocupa en la transmisión, de la cual anticipan el esquema.

En definitiva, esta nueva edición bilingüe griego-español de *Gorgias*, a cargo de Díaz de Cerio y Serrano, como queda de manifiesto en esta breve exposición de su contenido, supone una gran aportación para el mundo de la filología y un estupendo instrumento para el interesado en cualquier aspecto de este diálogo platónico y de la obra de Platón en general.

M.^a DEL HENAR ZAMORA SALAMANCA

Lisias. *Discursos XXVI-XXXV. Fragmentos*. Texto revisado y traducido por José M. Floristán Imizcoz. CSIC, Madrid, 2000, 356 pp. Dobles excepto en las introducciones, vol. III.

Este tercer volumen viene a completar la serie que el CSIC ha hecho de las obras del *Corpus Lysiacum*. Los dos anteriores fueron editados y traducidos por Manuel Fernández-Galiano en 1953 el primero (discursos I-XII) y por Luis Gil Fernández en 1963 el segundo (discursos XIII-XXV). Ahora se recogen los discursos XXVI-XXXV y los fragmentos.

Ya en la breve introducción el profesor Floristán excusa redactar una nueva porque juzga suficiente y actual la que compuso en su día el profesor Fernández-Galiano, dejando las variaciones para el capítulo bibliográfico que se ha visto muy incrementado en los casi cincuenta años transcurridos. En la estructura y metodología mantiene las propuestas de los volúmenes anteriores.

La bibliografía es abundante y precisa. Se trata de una selección muy amplia de la misma, tanto en lo correspondiente a los estudios generales, ediciones completas o parciales, manuscritos, técnicas retóricas y estilísticas, como la dedicada a cada uno de los discursos.

La edición está cuidada y las introducciones denotan la labor de investigador de primera línea del profesor Floristán. Cada discurso viene precedido de una introducción suficiente, bien documentada, de las características más sobresalientes: mutilaciones, estudio procesal central y sus particularidades, problemas de autoría, la clase de proceso específico, si es primero o segundo discurso del mismo. La variedad es grande y los conocimientos institucionales del traductor amplios: apelación, examen para cargo, venalidad, robo, rendición de cuentas, proceso privado o público, isangelia. Maneja bien fuentes y critica, como puede verse en las abundantes notas a pie de página. Ejemplo de ello pueden ser la nota I de la página 65 (*XXX Contra Nicómaco*), a propósito de la actualización de las leyes de Dracon y Solón conservadas en *kýrbeis* y *áxones*, toda la introducción del discurso citado, la atinada crítica literaria en el estudio de las figuras en *Contra Filón* (XXXI), el estudio introductorio del *Contra Diogiton* (XXXII), modelo de oratoria forense en la opinión de Dionisio de Halicarnaso. Las notas, tan abundan-

tes y precisas, demuestran un conocimiento profundo de la temática procesal y de la bibliografía correspondiente tanto moderna como antigua.

Extensa y prolija es la introducción al *Olímpico* (XXXIII) y en ella se dilucidan una serie de cuestiones digna de tenerse en cuenta: fecha, nombre, antecedentes subgenéricos y otros problemas entre los que destaca el de la autoría, a pesar de la seguridad del de Halicarnaso que lo ofrece como genuino y modélico.

El discurso XXXIV es el único político conservado, uno de los más genuinos del estilo lisiaco, aunque posiblemente no llegara a pronunciarse.

El largo debate del *Erótico* (Floristán lo traduce como *Discurso amoroso* XXXV) arranca de aspectos distintos interesantes: cronología, inserción en el *Fedro* de Platón, la compleja y variada concepción de la pederastia, valores estilísticos tan opuestos entre Fedro y Sócrates, la autenticidad lisiaca.

Siguen *Testimonios y fragmentos* (pp. 207-356) como último capítulo. La enorme cantidad de discursos atribuidos a Lisias por los antiguos, la crítica de Cecilio Caleacte y de Dionisio de Halicarnaso que reduce el número de los atribuibles (de 425 a 233), hace que el número de fragmentos sea enorme. Floristán ofrece 139 que han llegado por transmisión directa (papiros) o indirecta (gramáticos, léxicos, polígrafos, etc.), en los que sigue una clasificación tipológica global: discursos epidícticos, deliberativos y forenses, públicos o privados.

Curiosa e interesante es la traducción de πρὸς por “frente a” en muchos procesos principalmente privados, reservando para κατὰ la traducción de “contra”. Es una distinción muy interesante, porque, mientras en los procesos κατὰ se va contra la persona, los πρὸς se dirigen sobre cuestiones no inherentes a la persona sino a cosas y circunstancias que están fuera de la persona y atañen no directamente a ella: propiedades, recompensas, deudas, daños, repartos, préstamos, etc. No hubiera estado demás poner una nota aclaratoria, ya que tradicionalmente suelen traducirse las dos preposiciones por “contra”.

Al citar los procesos privados incluye en ellos los de *exules*, que traduce como “expulsión”. Cuando Harpocración trata de explicar el concepto del término dice que se trata de personas “a las que se ha desposeído de algo suyo”. En consecuencia podría traducirse por “desposesión”, aunque Floristán explica bien tales conceptos (p. 324, n. 117).

Interesantes son también las introducciones a los fragmentos conservados: *Contra Ésquines el Socrático, en defensa de Erixímaco, contra Teozótides, frente a Hipoteses, apología de Sócrates*. Hay un dominio claro y preciso de la terminología procesal, de la que da noticia suficiente en introducciones y notas, como puede verse en pp. 256-7, n. 18. p. 272, n. 39, etc. Solventa con soltura las dificultades de traducción en los fragmentos, en alguno de los cuales se hace muy difícil por la precariedad del fragmento: Véanse los que llevan los números 56, 63, 69, 71, 72, 82, 95, 105, 113, 114, 158.

Hay que resaltar y alabar la precisión de sus traducciones, especialmente cuando se trata de traducir y diferenciar matices muy sutiles, muy frecuentemente en los fragmentos aportados por Harpocración y Pólux: ἀπῆξια “enemistad” y ἀπέχθεια “hostilidad” (frag. 185), o διήρηξα “completé la magistratura” y διὰ τέλος ἤρηξα “desempeñé la magistratura hasta el final” (frag. 177), etc., y otra serie de términos que recoge Harpocración para indicar que Lisias utilizó tal donde debería haber utilizado cual. No tiene inconveniente en inventar un vocablo (“aparentoso” para traducir ἐσχηματισμένος) para precisar mejor el concepto que aporta, en este caso, la Suda (frag. 248).

Por todo lo expuesto podrá deducirse la importancia del texto lisiaco de Floristán y darle por ello las gracias; no obstante, y sin que sirva de desdoro a la excelente labor del filólogo, me voy a permitir añadir algunas sugerencias que puedan servir para perfeccionar el libro. Una se relaciona con el fragmento 199 (p. 314). Uno esperaría, en una obra llena de notas y explicaciones acertadísimas, encontrar una que diera noticia de Carcino, el hijo de Jenocles, poeta trágico del que se recogen unos versos en el fragmento citado, máxime cuando no son pocos los fragmentos poéticos aportados por los oradores, signo evidente de que eran gentes ilustradas que de una manera directa unas veces y otras de forma velada aportan un acervo impor-

tante de la poesía anterior, arcaica o clásica en sus discursos. Tanto Ésquines, como Demóstenes o Licurgo, por citar algunos, muestran esos conocimientos al recoger citas más o menos textuales (se cita de memoria) de Homero, Hesíodo, Solón, Sófocles. Eurípides, etc., amén de las entreveradas por Isócrates asiduamente en sus discursos.

Otra sugerencia sería la de cuidar algunas transcripciones, ya se trate de prosódicas, como Ápsines, mejor que Apsines (p. 130), Mícines por Micines (pp. 312, 313), Ésquines por Esquines (pp. 343, 349), lo mismo que Léptines, ya que todos ellos tienen la misma sufijación, pero sin garantías completas de que la *ι* sea breve, aunque las variantes diversas recogidas en la nota adjunta (p. 312, n. 95) puedan complicar la acentuación de Mícines; Trásilo por Trásilo a juzgar por el nombre recogido en *Contra Diogiton* 5, 7, Timóteo por Timoteo (pp. 213, 330, etc.), como en otros lugares se escribe Lisíteo y Mantíteo, concebible por estar asentada dicha acentuación entre los antropónimos; Itea frente a Itea (p. 319), y, mal que nos pese, tendremos que mantener el acento de misántropo, pero no así el nombre del caballo de Belerofontes al que convendrá llamar Pégaso (p. 345). En el campo de las transcripciones morfológicas conviene reseñar el término “navarco” transcrito por un pseudogalicismo “navarca” (p. 40), frente a la correcta de “trierarco” (pp. 53, 57, 223) y “taxiarco” (pp. 133, 143). Usa el galicismo “lisiano” (p. 194, 195) por el más adecuado “lisíaco”. En el mismo sentido debería usarse “eleusinos”, del griego ἑλευσίνιος, mejor que “eleusinos”, por más que Virgilio utilice *eleusina mater*. En la página 249 transcribe Χρύτους por Citros, cuando lo adecuado hubiera sido Quitros, lo mismo que sería preferible decir Tirinte por Tirinto (p. 345). En cambio se mantiene en la línea correcta cuando escribe Belerofontes (ib.) y Cecrópides (p. 350) al nombrar a las hijas de Cécrope, ya que Cecrópidas serviría para nombrar a los hijos.

Como cosa curiosa cabría decir que en la página 253, n. 12 remite a XXXI, n. 9, con lo que no se corresponde, que en p. 334, frag. 259, lo que va entre comillas debería ir en cursiva como todas las traducciones y que la doble página 308 está invertida.

Una observación última a propósito de ἐπιπλοκή (p. 338, frag. 271). Quizá la idea de “gradación” no sea la más adecuada, ya que se trata más de una concatenación al imbricarse un elemento final en la frase siguiente. Además así parece indicarlo el texto latino de Rutilio, posible traducción de un texto de Lisias.

No obstante las sugerencias, simples sugerencias, el libro es un logro importante en el campo filológico que viene a llenar honrosamente el vacío que teníamos del *Corpus Lysiacum* y a indicar que el autor es un filólogo muy preparado, muy documentado, que ha sabido coger con honor el relevo de la vieja y espléndida guardia de Filología Griega. El volumen tercero de Lisias ha tardado en llegar, pero merecía la pena esperar a que saliera como ha salido.

JOSÉ MARIA MARCOS PÉREZ

José GUILLÉN CABAÑERO, *Teología de Cicerón*, Publicaciones Universidad Pontificia, Salamanca, 1999, 580 pp.

El libro tiene a modo de presentación una carta del Autor a M. Tulio Cicerón (pp. 9-10). A pesar de su brevedad, se encuentran en ella algunas claves útiles para la lectura de la obra. Aparece en primer lugar la admiración profunda del A. por la oratoria, y la prosa filosófica y epistolar de su personaje, así como por sus sentimientos ciudadanos y humanos en general, por su actividad pública y por su pensamiento político, filosófico y teológico: fue sin duda esa primera admiración por Cicerón la que le llevó a publicar, hace ya más de cincuenta años, una monografía sobre él (*Cicerón, su época, su vida, su obra* (1950), a la que siguió decenios después, fruto de su visión del hombre político y patriota, el libro *Héroe de la libertad. Vida política de M. Tulio Cicerón* (1981), en dos volúmenes; admiración que se convierte en entusiasmo emocionado, cuando al final de la carta y en referencia a palabras de Cicerón acerca de la feli-